

AMÉRICA LATINA CINCO SIGLOS IGUAL...

AMÉRICA LATINA
CINCO SÉCULOS IGUAIS...

LATIN AMERICA
FIVE CENTURIES THE SAME...

Ana María Liberali¹
amliberali@gmail.com

¹ Centro Humboldt/Universidad de Buenos Aires. E-mail: amliberali@gmail.com.

Artigo recebido em setembro de 2023 e aceito para publicação em outubro de 2023.



Este artigo está licenciado sob uma Licença
Creative Commons Atribuição 4.0 Internacional.

*Soledad sobre ruinas, sangre en el trigo rojo y amarillo,
manantial del veneno, escudo heridas,
cinco siglos igual.*

*Libertad sin galope, banderas rotas, soberbia y mentiras,
medallas de oro y plata contra esperanza,
cinco siglos igual.*

*En esta parte la tierra la historia se cayó,
como se caen las piedras
aun las que tocan el cielo
o están cerca del sol.*

*Desamor, desencuentro, perdón y olvido,
cuerpo con mineral, pueblos trabajadores, infancias pobres,
cinco siglos igual.*

(.....)

Cinco siglos igual.

Canción de León Gieco (1992)

RESUMEN: Toda la historia latinoamericana, desde 1492, no puede ser explicada desde los distintos marcos locales sino a partir de la vinculación de los diferentes espacios con el contexto internacional, generalmente relacionado con el continente europeo. Esta situación ha partido primero de un sometimiento político (vasallaje colonial), y posteriormente, de una sujeción económica (status semicolonial); así es como la evolución de las economías metropolitanas han marcado el ritmo de los ciclos económicos nacionales. Para este trabajo hemos elegido los procesos productivos como una forma de explicación de la realidad, ya que éstos están en la base de la relación Sociedad-Naturaleza, llevándose a cabo con el fin de satisfacer las necesidades materiales. Esta relación se expresa, a su vez, como una compleja interrelación entre la sociedad y el territorio, es decir, el espacio apropiado o socializado.

Palabras clave: Latinoamérica. Economía. Sociedad. Territorio. Recursos

RESUMO: Toda a história latino-americana, desde 1492, não pode ser explicada a partir dos diferentes enquadramentos locais, mas sim a partir da ligação dos diferentes espaços com o contexto internacional, geralmente relacionado com o continente europeu. Esta situação começou primeiro com a sujeição política (vassalagem colonial) e, mais tarde, com a sujeição económica (estatuto semicolonial); Foi assim que a evolução das economias metropolitanas definiu o ritmo dos ciclos económicos nacionais. Para este trabalho escolhemos os processos produtivos como forma de explicação da realidade, uma vez que estes estão na base da relação Sociedade-Natureza, realizada para satisfazer necessidades materiais. Essa relação se expressa, por sua vez, como uma inter-relação complexa entre a sociedade e o território, ou seja, o espaço apropriado ou socializado.

Palavras-chave: América Latina. Economía. Sociedade. Território. Recursos.

ABSTRACT: All Latin American history, since 1492, cannot be explained from the different local frameworks but from the link of the different spaces with the international context, generally related to the European continent. This situation has started first from political subjection (colonial vassalage), and later, from economic subjection (semicolonial status); This is how the evolution of metropolitan economies has set the pace of national economic cycles. For this work we have chosen productive processes as a form of explanation of reality, since these are at the basis of the Society-Nature relationship, carried out in order to satisfy material needs. This relationship is expressed, in turn, as a complex interrelation between society and the territory, that is, the appropriated or socialized space.

Keywords: Latin America. Economy. Society. Territory. Resources.

CINCO SIGLOS IGUAL...

Si consideramos al proceso de producción como el proceso de asignación de los recursos, podemos concretarlo en la definición del denominado estilo de desarrollo; para lo cual debemos dar respuesta a las cinco preguntas fundamentales determinantes de un modelo de producción: ¿qué se va a producir?, ¿dónde?, ¿quién?, ¿cómo? y ¿para quién?

Toda sociedad tiene una forma de utilización de los recursos naturales, y, por lo tanto, una peculiar organización del espacio. Si estas variables son modificadas existirá un cambio sustancial en el rol que cada sector de la sociedad ocupará en el nuevo modelo. Pero no siempre el total de la población puede ser asimilado en las condiciones impuestas, produciéndose un excedente poblacional que aumentará su marginalidad o emigrará. Contrariamente, los cambios producidos en el seno de la sociedad pueden requerir un mayor número de trabajadores para poner en marcha el proceso en ciernes demandando la incorporación de inmigrantes. A partir de esto podemos afirmar que los procesos de redistribución de la población son el ajuste espacial entre la oferta y demanda de trabajo, lo que puede ser el resultado de la diferente valorización de los recursos naturales, los cambios en la utilización de la tecnología y/o en las relaciones sociales de producción (GEJO; LIBERALI, 2006).

La revolución industrial y sus consecuencias han generado una agrupación de países que responden a sistemas económicos y sociales avanzados o a sistemas tradicionales, pero sujetos ambos grupos a las influencias y correlaciones que podrían expresarse en un modelo de naciones centrales y periféricas, en el cual las últimas se hallan sujetas, en diversas gradaciones, al influjo económico y político de las primeras. La relación más conocida entre países centrales y periféricos es la del intercambio de materias primas y productos manufacturados, cuyos términos siempre han sido desfavorables al comercio de las periféricas; más independientemente de estas relaciones los países

centrales encuadran en un sistema moderno de vida colectiva y los periféricos en mecanismos tradicionales y arcaicos (LABASTIDA, 1970: 393).

PERÍODO COLONIAL IBÉRICO (SIGLOS XV, XVI Y XVII)

Los tres primeros siglos de nuestro estudio están referidos al período colonial propiamente dicho, durante los cuales, si bien podríamos mencionar otras, América Latina fue conquistada y apropiada por las entonces potencias talasocráticas, fundamentalmente las ibéricas.

A partir de la firma del Tratado de Tordesillas, el 7 de junio de 1494, compuesto por una serie de acuerdos entre el rey Fernando II de Aragón y la reina Isabel I de Castilla, por una parte, y el rey Juan II de Portugal por otra, se estableció una línea de demarcación entre ambas coronas, que correría de uno a otro polo, trescientas setenta leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. Dicho documento es esencial para comprender la historia de América y sus relaciones económicas y culturales con Europa.

Tras haberse repartido el Nuevo Mundo, la Corona Española fue creando diversos espacios productivos al oeste de la línea mencionada, cuya administración quedaba en manos de un representante del rey; y, con el tiempo, los portugueses hicieron lo propio, a través de un sistema de Capitanías Generales, en los territorios orientales.

Los virreinos que fueron creando los españoles fueron el de la Nueva España, que comprendía desde México, que en ese momento abarcaba California y otras regiones del sur norteamericano, llegando hasta Costa Rica; el de Nueva Granada, integrado por Panamá, Colombia, Venezuela y Ecuador; el del Alto Perú y la Capitanía General de Chile; y el del Río de la Plata que incluía Argentina, parte de Bolivia, Paraguay, Uruguay y un sector del sur de Brasil.

Respecto de las actividades productivas realizadas por la Corona Española, podemos afirmar que durante los siglos XVI y XVII se concentraron en la explotación minera, restringiendo el intercambio no solo con otras metrópolis sino impidiendo las relaciones intercoloniales intrainperiales. Dichas áreas mineras, predominantemente auríferas y argentíferas se localizaban tanto en las Sierras Madres de México, como a lo largo de la cordillera de los Andes, siendo el centro principal el Virreinato del Alto Perú.

En el caso mexicano el período colonial comenzó en 1521, cuando cayó en poder de los españoles Tenochtitlán, la antigua ciudad de México, finalizando justamente tres siglos después, en 1821 durante el cual se declaró la Independencia.

Las principales actividades económicas del Virreinato de la Nueva España fueron la minería de oro y plata, la agricultura (maíz, cacao y otros productos originarios de la antigua Mesoamérica), la ganadería (introducida por los europeos, quienes trajeron la mayor parte de los animales criados), y el comercio (limitado únicamente a las posesiones españolas, acto de mercantilismo).

A pesar de que la minería novohispana constituyó la mayor fuente de riquezas para la corona española, se enfrentó a varios problemas como la escasez de mano de obra indígena durante las epidemias del siglo XVI, además de la dureza del trabajo en las

minas que provocaba artritis reumatoide, ocasionando el cese del trabajo e incluso la muerte, lo que fuera solucionado con la importación de esclavos negros; la prohibición de la importación de mercurio castigada con la pena de muerte por la razón de que fueran los ingleses los mayores comerciantes de tal producto, y al ser España su enemiga principal, sus virreinos no podían comerciar con la corona británica, alentando el contrabando con piratas ingleses como el caso de Henry Morgan.

Según las leyes de la época, los particulares podían poseer terrenos, pero todas las riquezas del subsuelo eran propiedad de la Corona. En la mayoría de los casos, cualquier español o indio, podía explotar una mina siempre que una parte de la producción, el llamado “quinto real”, fuera para las Arcas Reales, y el diezmo a la Iglesia. Los pueblos que eran los propietarios originarios de la tierra eran despojados de ella mediante las denominadas mercedes reales. Las encomiendas nacieron a principios del siglo XVII, que consistían en un sistema en que los indígenas estaban al completo servicio del conquistador, quien tenía la obligación de impartirles educación cristiana y defender su territorio de cualquier ataque. Otro elemento característico de este sistema fueron las haciendas, que surgieron al iniciarse el siglo XVII, siendo la mitad de las propiedades de las tierras y del capital existente perteneciente a la Iglesia.

Por otra parte, los portugueses ocuparon la costa atlántica de América del Sur a partir del año 1500 explotando la madera para tinte de palo de Campeche o palo Brasil, árbol que finalmente terminó dándole su nombre al país. Esta actividad era evidentemente extensiva, no requiriendo de gran cantidad de fuerza de trabajo, como tampoco de un espacio fijo. Sin embargo, hacia fines del siglo XVI y a lo largo del XVII, se desarrolló un ciclo productivo con consolidación territorial, en el Nordeste del país, constituido por la caña de azúcar con destino al mercado europeo.

Pero, ya en el siglo XVIII, mientras se producía una crisis minera en las áreas productivas españolas, tanto en la Nueva España como en el Alto Perú, el descubrimiento de oro y diamantes en la zona de la actual Minas Gerais, convirtió a la economía de la colonia en un centro clave de la economía mundial, siendo Ouro Preto el centro de la fiebre del oro (GEJO, 1995 a).

En el caso de Chile:

A grandes rasgos se puede mencionar un primer ciclo de agricultura de subsistencia y explotación de lavaderos de oro, que caracteriza básicamente al siglo XVI, es decir los inicios de la colonia. Luego, durante el siglo XVII se produce un aumento de la producción agrícola y ganadera. Finalmente, el siglo XVII registra el inicio de la minería de plata y cobre, además del aumento en la producción agrícola, principalmente trigo, vino, frutas (ROVIRA PINTO, 2023: 268).

Respecto de lo que es el actual territorio argentino, debemos tener en cuenta que durante el período colonial considerado clásico (1530-1750), el centro productivo se desarrollaba en Potosí (actual territorio boliviano), que a partir de la explotación

argentífera transmitió dinamismo a otras áreas complementarias como lo fueron el actual Noroeste Argentino y Cuyo, que fueron dadoras tanto de fuerza de trabajo como de ganado para fuerza motriz y medios de transporte, como de alimentos. Sin embargo, a lo largo del siglo XVIII, a partir de la crisis minera que envolvió a Potosí, sumado a otros hechos político-económicos de nivel internacional, como la pérdida de las colonias norteamericanas por parte de Gran Bretaña en 1776, se volcó el eje productivo hacia el área atlántica, dando lugar a la creación del Virreinato del Río de la Plata, que constituyó una respuesta política a la creciente presencia británica en la región rioplatense. Esta continua intromisión alcanzó su punto culminante durante las invasiones de 1806 y 1807, que, a pesar de haber sido derrotadas, no redujeron el interés de la corona británica por hacer de Buenos Aires, una plaza comercial fuerte más, del poderoso imperio insular.

Alrededor de la ganadería extensiva (vaquerías y estancia colonial), la producción de cueros para la exportación generó las bases económicas y sociales necesarias para impulsar la reformulación del esquema económico impuesto por la metrópoli. Los grupos sociales que se beneficiaron con esta actividad económica tomaron como bandera al librecambio, que los favorecía en su desarrollo comercial y a su vez perjudicaría los intereses de la vieja burocracia administrativa colonial. El Reglamento de Libre Internación dictado en 1778, trataba en buena medida de legalizar lo ilegalizable a la vista del rígido monopolio imperante, pero las fuerzas desatadas no amainaron y convergieron más temprano que tarde en una acción política concertada desestabilizante, del ya vetusto orden colonial. Bastó para esto, el desencadenamiento de los oscuros episodios napoleónicos en la Península. En ese momento, intereses económicos y oportunidad política confluyeron en el desmoronamiento de una estructura política que había servido a un orden de cosas durante tres siglos de historia (GEJO; LIBERALI, 1995: 31 y 32).

PERÍODO SEMICOLONIAL BRITÁNICO (SIGLOS XIX A MITAD DEL XX)

En el siglo XVIII, la parte occidental de Saint-Domingue, bajo control francés desde 1697, había experimentado un extraordinario crecimiento a partir de una economía de plantaciones de café y caña de azúcar basada en la importación de mano de obra esclava de negros africanos que morían al cabo de diez años de llegar, agotados por las condiciones de trabajo.

La Revolución Francesa de 1789 provocó una sacudida en todo el mundo. Monarquías milenarias, privilegios inveterados y antiguos dogmas cayeron como castillos de naipes ante la divisa “liberté, égalité, fraternité”. La esclavitud, una de las más viejas instituciones de la historia, fue abolida por primera vez. Pero eso no ocurrió, precisamente en Europa, sino en una isla del Caribe, en el territorio del actual Haití, por obra de negros y mestizos que se rebelaron contra la opresión de los colonos blancos y que, tras un cruento conflicto, fundaron una república de negros libres, en 1804.

Pero las ideas de la Revolución Francesa, “prendieron” en los descendientes de los conquistadores, ya nativos del Nuevo Continente. Y fue así, que fueron cayendo los virreinos como piezas de dominó uno tras otro, dándose una suerte de independencias en serie a lo largo de la larga década comprendida entre los años 1809 y 1921.

Durante ese período se independizaron Bolivia y Ecuador en 1809, México, Colombia, Venezuela y Chile en 1810, Paraguay y Uruguay en 1811, Argentina en 1816, Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica y Panamá en 1821, siendo más tardías las independencias de la República Dominicana (1844) y la de Cuba (1898). Mientras que Puerto Rico, después de varios intentos por la libertad, fue cedida por España a los Estados Unidos en 1898. Y aunque Brasil no dependía de España, logró su independencia de Portugal en 1822.

Sin embargo, estas independencias políticas, tuvieron como consecuencia una nueva dependencia económica en beneficio de Gran Bretaña, que en el siglo XIX vivía lo que se dio en llamar “la pax britannica”, momento en el cual gozaba de poder sobre el sistema mundo.

El Virreinato de Nueva España incluía el México actual, América Central, las Filipinas, Cuba, Puerto Rico, Florida, las regiones costeras de Alabama y Mississippi, todas las tierras al oeste de este río, así como pretensiones en Canadá Occidental y Alaska, proveyendo dos tercios de los ingresos del imperio español, siendo los metales preciosos los que representaban el 84% de todas sus exportaciones, y el abastecedor de plata más importante del mundo en todo el período colonial.

Pero, post independencia, la inestabilidad política hizo de México presa fácil para la agresión extranjera, enfrentando las invasiones de España en 1829, la de Francia en 1838, la de Estados Unidos en 1847, y las de Inglaterra, España y Francia en 1861. A mediados del siglo XIX, la República Mexicana no solo había perdido la mitad de su territorio, sino que sufría también de extrema inestabilidad política, de severa depresión económica y de conflictos tanto raciales como sociales. La crisis de la minería limitó la actividad del sector exportador de México en el periodo posterior a la Independencia, puesto que la plata siguió siendo el principal producto de exportación del país. A medida que la minería declinaba, las exportaciones de la nación bajaban. Era imposible sustituir las exportaciones ya que la tecnología existente y los altos costos de transporte en México impedían la exportación de productos agrícolas voluminosos a precios de competencia. Por el contrario, con su excelente red fluvial la cual permitía el embarque de estos productos a bajo precio, Estados Unidos exportaba una gran variedad de mercaderías agrícolas. El comercio extranjero de México se estancó en un tiempo de expansión rápida y masiva del comercio mundial. Hacia 1850, las exportaciones estadounidenses eran veinte veces más grandes que las de México. En efecto, durante la década de 1880, cuando las minas de plata se habían recuperado lo suficiente como para igualar los niveles de fines de la Colonia, el esquema del comercio mundial había cambiado con la aparición de nuevos y significativos productores de plata, entre ellos los Estados Unidos. En 1800 México había producido el 75% de la plata en el mundo, y hacia 1880 su producción total representaba menos del 40% (RODRÍGUEZ, 2006).

En 1800, Estados Unidos era una nación agraria de segunda categoría, mientras que Europa Occidental estaba recién comenzando a industrializarse. Muchos contemporáneos,

entre ellos Alejandro von Humboldt, creían no sólo que México podría competir exitosamente por la hegemonía económica, sino que también podría surgir como el coloso del continente americano. Pero ya nadie tenía tales ilusiones en 1880 (RODRÍGUEZ, 2006).

La economía del porfiriato, amparada en los lemas de “orden y progreso” y “poca política, mucha administración”, que se iniciara en 1876 finalizando en 1910 con el estallido de la Revolución Mexicana, presentó un crecimiento económico basado en la inversión extranjera, desarrollándose infraestructura ferroviaria, puertos, teléfonos, telégrafos y electricidad, beneficiándose el comercio exterior con Estados Unidos, Europa y el Caribe, exportando productos mineros, agrícolas y ganaderos.

La condición de dependencia con la que la economía mexicana entró al sistema capitalista, mostró cómo todas las ramas de la producción se desarrollaron sujetas a las necesidades del mercado externo. En términos macroeconómicos México presentaba una situación excelente, sin embargo, la situación social y económica del pueblo, de los obreros y los campesinos, más del 80% de la población, vivían en la miseria. La riqueza generada por la inversión extranjera asociada en algunas ocasiones con el capital nacional era concentrada solo por unos cuantos, por lo tanto, podemos asegurar que crecimiento económico no es sinónimo de desarrollo social. Al iniciarse la primera década del siglo XX, el modelo agro-exportador constituía la base del sistema económico que, bajo la perspectiva imperante en aquellos tiempos, introducía al país por el camino del progreso, con una industria apenas incipiente. Las inversiones extranjeras se habían enfocado a la explotación de los productos agrícolas demandados por el sector exportador, entre los que destacaban el algodón, el azúcar, el café, el tabaco y el henequén, así como el ganado bovino.

En el caso de Brasil:

Después de una larga transición pos-independencia, a partir de la década del 80 del siglo XIX, estuvieron dadas las condiciones para el espectacular crecimiento de la producción cafetalera, que utilizó como centro a San Pablo y sus alrededores. El incremento fuerte de la demanda europea fue el acicate para un conjunto de actividades agropecuarias latinoamericanas, que convirtiera a Brasil en el productor de las dos terceras partes de la demanda mundial de café, convirtiéndose el Sudeste en la cabeza económica del país.

Pero a pesar del vertiginoso desarrollo que el ciclo cafetalero generó, no se convirtió en una actividad excluyente, ya que, en la región amazónica, se abrió un proceso productivo extremadamente dinámico, asociado a la explotación de la *Hevea Brasiliensis*, de la cual se obtenía el caucho natural. Dicho ciclo secundario evolucionó marcadamente dissociado del negocio del café, dando lugar al fulgurante crecimiento de Manaus, centro poblado con importante infraestructura. Sin embargo, tras la Primera Guerra Mundial y la aparición de un sustituto artificial del caucho, dieron fin a esta actividad.

Posteriormente la crisis del '30 repercutió también gravemente en la actividad cafetalera, ya que su producción no era considerada esencial, por lo cual disminuyó drásticamente su posibilidad de exportación (GEJO, 1995 a: 98-100).

En cuanto a Chile:

A partir de 1810, la economía sufre una fuerte crisis producto de las guerras de la independencia, situación que se extiende hasta 1830, afectando severamente la agricultura del país, momento desde el cual se registra una expansión que concluye en 1929, teniendo como locomotora del crecimiento a la minería de cobre y plata. Dentro de este ciclo expansivo puede distinguirse un periodo posterior a la Guerra del Pacífico (1879-80) caracterizado por el auge de la producción de salitre. Durante el período 1880-1930, las exportaciones salitreras dominaron la economía chilena, y esa industria estaba controlada por capitales británicos (ROVIRA PINTO, 2022: 275 y 297).

En el caso argentino, se puede establecer una primera etapa del siglo XIX, posterior a la independencia, en que la producción ovina, fundamentalmente de raza Merino, desplazó al vacuno, proceso conocido como “merinización de las Pampas”. Este hecho tuvo directa relación con la necesidad del mercado británico de obtener lana para el sustento de su industria textil. Pero posteriormente, comienza a establecerse un modelo productivo primario exportador sustentado básicamente en dos grandes rubros: carnes y cereales.

En una primera etapa la agricultura fue solo un complemento de la ganadería brindando la base de las pasturas inducidas para la expansión pecuaria, pero a poco de andar pasó a ser la rama más dinámica de la economía del país. Fue la etapa histórica en que la Argentina se había convertido en el “granero del mundo”, ya que para 1914, abastecía la cuarta parte de la producción mundial.

PERÍODO SEMICOLONIAL NORTEAMERICANO (SIGLO XX)

Mercado interno

La crisis del '29, que comenzara con la debacle financiera en Wall Street, se convirtió de pronto en una crisis sin precedentes en la economía mundial al afectar a las principales potencias hegemónicas. Las economías desarrolladas ingresaron en una profunda depresión, transmitiendo al resto del sistema económico mundial, esa tendencia negativa, generando una desintegración de las corrientes comerciales, contrayendo significativamente la demanda.

La magnitud de los acontecimientos fue transmitida a los eslabones periféricos a través de la merma de la compra de materias primas. Esto implicó una disminución sustancial del poder de compra de productos industrializados por parte de los países latinoamericanos.

En estas condiciones, la crisis internacional dio lugar a un marcado proteccionismo económico como forma de salvaguardar los marcos nacionales de las severas contingencias del sistema económico mundial, jugando un papel fundamental la intervención estatal.

El cierre del aprovisionamiento exterior dinamizó el desarrollo local denominado I.S.I. (industrialización sustitutiva de las importaciones), es decir, no con fines de exportación sino directamente vinculada al mercado interno.

Con el fin de incrementar el mercado interno se volcaron crecientemente subsidios para generar una cierta distribución del ingreso, para dar lugar al aumento de la capacidad de consumo.

Posteriormente al fortalecimiento de los Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, éste toma las riendas del orden mundial, desplazando definitivamente a Gran Bretaña, que ya desde el primer conflicto bélico mundial, venía perdiendo posiciones en todo el planeta, y principalmente en América Latina (GEJO; LIBERALI, 2006).

Sin embargo, no todos los países latinoamericanos lograron industrializarse en esta etapa, que en términos amplios podríamos ubicar entre los años 1914 y mediados de los '70, destacándose principalmente México, Brasil, Chile y Argentina.

Uno de los principales factores que propiciaron el fomento a la industria en los países subdesarrollados fue la necesidad de abastecer de productos a sus mercados, ya que los países desarrollados desatendieron dicho abastecimiento por el proceso de reconversión de la planta productiva que hicieron para la producción bélica en la Segunda Guerra Mundial. Es importante destacar que, aun siendo la guerra un factor externo económico, llevó a la economía a entrar en un proceso de industrialización pues permitió un intervalo de varios años en los cuales la industria mexicana pudo madurar sin la presión de la competencia externa y debido al cierre de los mercados externos aceleró la sustitución de bienes de consumo no duraderos en el interior del país, favoreciendo su exportación, por esta razón, surgieron trabas a la importación de maquinaria y materias primas que no se producían en México y que eran necesarias para la producción.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, la demanda de los países subdesarrollados se orientó nuevamente hacia el mercado estadounidense debido a la política de las empresas estadounidenses para recuperar los mercados ya perdidos, lo que generó problemas de desempleo y constantes fluctuaciones en la economía, obligando al gobierno mexicano a llevar a cabo una estrategia de desarrollo basada en la protección a la industria, creando condiciones de rentabilidad para la inversión productiva con el propósito de asegurar el crecimiento de la industria en el país. Esto fue el llamado proceso de Sustitución de Importaciones o de Industrialización, puesto en marcha en 1947 (política proteccionista de permisos previos de importación), el cual se pensaba que generaría no sólo crecimiento sino también desarrollo económico; es decir, aumentaría el empleo y mejoraría el nivel de vida de las masas pues el “crecimiento hacia adentro” llevaría a la disminución del déficit de comercio exterior y a la vulnerabilidad de la economía, lo que permitiría el surgimiento de una creciente industria nacional. El proyecto estaba orientado a impulsar la industrialización y crecimiento vía importaciones, como un proceso de cambio de las políticas económicas, las cuales se basaron en la protección, el fomento y la regulación industrial, que se llevaron a cabo en tres etapas durante el período (1947-1982). (...) El despegue del modelo de sustitución de exportaciones (1982- 1988), se genera con base en la sustitución en términos relativos de la petrodependencia de las exportaciones de los bienes primarios, principalmente del petróleo, en las exportaciones

totales, por las exportaciones manufactureras. Al realizarse la sustitución de exportaciones, el petróleo deja de ser el producto más importante en las ventas al exterior y también el principal generador de divisas, posición que ocupan las exportaciones no petroleras, donde el sector manufacturero se convierte en el más dinámico (COSIO VILLEGAS; MEYER, 1970).

La crisis económica internacional de los años 1930 hizo que las élites económicas y políticas de todos los países buscaran soluciones drásticas. En Brasil, una vez que sus élites concluyeron que el país no podía quedar rehén de los intereses caficultores de São Paulo, nació entre la clase política y empresaria un consenso industrialista, (aunque como Brasil partió de un modelo agroexportador esclavista, a diferencia de Argentina, eso impactó mucho las condiciones de desigualdad estructural de los modelos de desarrollo. Cabe aclarar que, para algunos autores, los «intereses caficultores de São Paulo», de base esclavista, de hecho, nunca fueron enteramente derrotados, pues continúan hasta la actualidad). Los liberales, que defendían la tesis según la cual Brasil tenía vocación agrícola, fueron políticamente derrotados. Esa derrota fue confirmada en la segunda mitad de los años 1950. A partir de esa época, los liberales cambiaron su discurso: también ellos se tornaron industrialistas. Las divergencias políticas pasaron a retratar los medios por los cuales se debía promover la industrialización, aunque ya nadie defendía la hipótesis de un Brasil exclusivamente agrícola.

Esta crisis disminuyó la capacidad del país de importar productos y de cumplir con los pagos externos, redujo además el ritmo de todas las actividades económicas. Fue en ese contexto que el gobierno de Getúlio Vargas amplió la participación del Estado en la economía para evitar una recesión generalizada. Fue un periodo de transición marcado por el paso de un sistema de base agroexportadora a un sistema industrial, donde la oligarquía agraria fue gradualmente sustituida por la burguesía industrial; por esto, la propuesta de inserción internacional de Brasil estuvo más relacionada con los intereses industriales que con los agroexportadores. Así, se instauró una arquitectura político-institucional que combinó la centralización del poder, la ampliación de la autonomía y la capacidad de intervención del Estado en los asuntos económicos con la financiación externa destinada a inversiones en la industria.

Como mencionamos, la industrialización del país fue producto del contexto internacional y de determinadas medidas económicas tomadas por el gobierno para paliar los efectos de la crisis. En 1931, se introdujo un control de cambios –monopolizado por el Banco do Brasil– para intentar equilibrar la balanza de pagos, que había sido alterada por las continuas devaluaciones cambiarias. Esta medida funcionaba como un mecanismo de protección que dificultaba las importaciones de los productos menos esenciales, lo que indirectamente comenzó a favorecer a la industria interna. Así, el proceso sustitutivo de exportaciones avanzó de forma considerable. (PEREYRA DOVAL, 2017)

En el marco de una apreciable intervención estatal, el Brasil fomentaría de aquí en más el desarrollo de un aparato industrial ligado a las necesidades internas. Este impulso industrialista fue complementado por los nuevos bríos manufactureros que nos legó la Segunda Guerra Mundial, que en el Brasil tuvo un hito en el montaje de su gran acería, Volta Redonda (GEJO, 1995 a: 101).

Por otra parte:

En Chile, la política de crecimiento hacia adentro se basó en una batería de medidas proteccionistas, como fueron los aranceles fijados a las importaciones para determinados bienes y tipos de cambio múltiples. La protección a la industria nacional permitió un importante crecimiento de la actividad manufacturera, al punto que ésta pasó a tomar el liderazgo del crecimiento económico del país. En el plano espacial, la industrialización substitutiva provocó una profundización de la división del trabajo entre campo y ciudad con negativos efectos sobre el sector agrícola. El otro gran actor de la economía de este período es la minería del cobre, que, si bien siempre había estado presente, lo había hecho en menor escala. La Gran Minería del cobre se vio reflejada en el ingreso de inversión de capitales estadounidenses asociada al brusco aumento de la demanda internacional por el desarrollo de la industria eléctrica y a la innovación que significó el descubrimiento del proceso de flotación (ROVIRA PINTO, 2022: 302 y 303).

En el caso de Argentina:

La crisis del '30 que había dado lugar a una fuerte intervención estatal pro-conservadora a fin de salvaguardar los intereses primario-exportadores derivó con el correr del tiempo en el adosamiento de una serie de medidas orientadas a promover una industrialización que no rebasara los límites del proyecto agroexportador. Sin embargo, en la década del '40 se comenzaron a dar las posibilidades de un fortalecimiento del sesgo industrializador, que necesitaba imperiosamente de algunas modificaciones sociales, políticas y económicas (GEJO; LIBERALI, 2006: 75).

Hacia 1955 el país llegaba a un punto de inflexión en su proceso de desarrollo, iniciando un camino hacia la concentración y la plena interrelación con la economía internacional. El impulso del sector petrolero, siderúrgico y petroquímico es una cabal muestra de industrias que demandan una fuerte inversión de capital y vinculadas a un patrón de distribución y de consumo diferentes a los que habían predominado en la primera etapa del proyecto mercado-internista.

La economía nacional, así, inicia un camino hacia la concentración y la plena interrelación con la economía internacional. Una muestra evidente de esto último es el inmediato ingreso del país al F.M.I. (Fondo Monetario Internacional) y al B.I.R.F. (Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento), la eliminación del control de cambios y la autorización para la libre transferencia de utilidades y de capitales al exterior, medidas todas que

preceden a una oleada de nuevas inversiones externas que remodelarán el perfil de la industria y de la economía en su conjunto y que, inocultablemente, hablan de una integración internacional creciente. Este período que abarcará dos décadas de la historia económica argentina estará signado por la radicación de capitales extranjeros, una tendencia hacia la redistribución regresiva del ingreso y al aumento de la marginalidad (GEJO; LIBERALI, 2006: 79).

Transnacionalización

A lo largo de los años ochenta y principios de los noventa, en la gran mayoría de los países latinoamericanos y del Caribe, se aplicaron modelos económicos muy similares, sin cumplir con las expectativas planteadas en su elaboración e instrumentación, ya que dichas reformas estructurales se realizaron bajo la forma de políticas de ajuste. Esto ha sido liberación comercial y financiera interna y externa, saneamiento fiscal, privatización de empresas estatales, así como de ciertos servicios sociales, incentivos para atraer capitales externos, desregulación, etc (CLAVIJO, 2000).

Coincidiendo con este autor podríamos agregar que se llevó a cabo un fuerte proceso de desindustrialización, re-primarización de la economía, sumado al cierre de ramales ferroviarios, endeudamiento externo, desempleo, redistribución regresiva del ingreso y, por ende, pauperización, dando lugar a una gran concentración de poder económico y político, producto de las políticas macroeconómicas impuestas en la región por el Consenso de Washington.

Si bien para muchos el estado había desaparecido, en realidad, éste estuvo más presente que nunca para legislar, implementar políticas, subsidiar y beneficiar al gran capital y a los intereses especulativos de la banca financiera. El gran capital con alto poder político ha concentrado la riqueza. La polarización de las clases o grupos sociales de la sociedad se acrecentó, se hizo más visible y aguda (LIBERALI; GEJO, 2015: 15).

Katz (2010) resaltó como eje central de su visión sobre la economía de América Latina un proceso de re-primarización de los aparatos productivos. Las principales áreas de expansión económica y empleo en América Latina son hoy las áreas de explotación directa de la naturaleza. La explotación directa de los recursos naturales –como la explotación de yacimientos minerales y de las fuentes de energía y agua, así como la explotación de la fertilidad natural de la tierra y el aprovechamiento de las ventajas climáticas-, ha transformado a América Latina en un gran centro proveedor de materias primas y granos para el resto del mundo. De una economía relativamente autosuficiente y de base manufacturera, América Latina se está transformando en una gran economía agropecuaria exportadora. Se desarrolla, de esta manera, en la región, una nueva modalidad de capital que compite con otros capitales de base manufacturera, el llamado agrobusiness.

La lucha por la tenencia de la tierra es un fenómeno que se da en toda América Latina. También es compartido el proceso de extranjerización de un recurso vital no sólo para la vida campesina sino para todas las poblaciones.

En el caso de México, podemos tener presente que, en diciembre de 1992, su presidente Carlos Salinas de Gortari, junto con el estadounidense George H. W. Bush y el primer ministro canadiense Brian Mulroney firmó el TLC (Tratado de Libre Comercio).

Si bien a partir de dicho acuerdo, todos “podrían” intercambiar libremente sus productos, el hecho es que ciertas industrias norteamericanas con características de “maquila” se instalaron al otro lado de la frontera, con el fin de disminuir los costos de producción, prácticamente ningún producto de elaboración genuinamente mexicano apareció en las góndolas de los dos países septentrionales.

La firma del TLC fue, sin duda, el corolario de una serie de reformas que venían aplicándose desde diez años antes, que buscaban colocar al sector privado como eje de la expansión económica con capacidad de operar competitivamente en los mercados mundiales sin subsidios. “Elementos centrales de esta búsqueda han sido la apertura del mercado interno al comercio, la atracción de la inversión extranjera, la desregulación de la economía, la desincorporación de empresas públicas y la liberación financiera, todo ello complementado con el compromiso de mantener una política monetaria prudente y una política fiscal austera, junto con la eliminación de créditos preferenciales.” (MATTAR, 2000: 156)

Al respecto, otro autor agrega:

Uno de los objetivos de las reformas económicas era inducir un cambio estructural que, al reorientar la producción y los intercambios internacionales en función de las ventajas comparativas del país, estimularía una mayor velocidad de absorción de la fuerza de trabajo en el sector formal de la economía. Sin embargo, ello ha ocasionado la reducción en el uso de mano de obra, a pesar del precario salario y de lo mucho que su monto por trabajador descendió (CLAVIJO, 2000: 371 y 372).

Respecto del Brasil, podemos afirmar que, si bien a partir de la década del '60, el aparato industrial había logrado una producción con cierta capacidad de insertarse en el mercado internacional, la integración social y regional siempre ha continuado a ser absolutamente desigual. Por otra parte, el gigantesco marco natural que lo contiene, ha sido objeto de una utilización diferenciada por parte de las potencias extranjeras, a partir de la explotación de distintos recursos, que durante cinco siglos, lo mantuvieron ligado a la demanda externa.

Por esta razón, a pesar de continuar contando con cierto grado de industrialización superior al de otros países latinoamericanos, en los últimos tiempos ha sufrido un proceso de re-primarización, que no le permite crecer en el porcentaje de exportaciones a nivel mundial.

La creciente importancia del agrobusiness en la economía brasileña se puede percibir por el avance del precio de la tierra en los últimos años. El precio de la tierra en el estado de São Paulo, el más rico e industrializado de Brasil, aumentó más del doble entre los años 2001 al 2006. Este aumento está directamente relacionado a la creciente importancia del sector agroexportador del país, como es el caso de la soja, y a la expansión de los cultivos de caña de azúcar, dedicados a la producción del “nuevo petróleo”: el etanol.

A partir de 1973, con la dictadura en el poder, Chile vuelve a privatizar o a devolver a sus antiguos dueños las empresas y campos que habían sido estatizados o expropiados, desmantelando las reformas impuestas por los gobiernos anteriores, retomando el modelo de libre comercio y la apertura a los mercados internacionales, sumado a la terciarización de la economía. Enfrentó a la industria nacional a la competencia de productos importados a mejor precio, dando lugar al cierre definitivo de gran cantidad de establecimientos con la consecuente pérdida de empleos. Reforzando estas políticas, diversificó las exportaciones agregando a la crónica dependencia minera, materias primas derivadas del sector silvo-agropecuario, en especial el frutícola, y la explotación extractivista forestal (ROVIRA PINTO, 2022: 318 y 319).

En el caso argentino, ese avance estuvo liderado por la soja. Sin embargo, el creciente peso del sector primario tendría un carácter muy diferente del que ofrecía en la primera parte del siglo pasado, cuando el país era catalogado como el “granero del mundo”. En el plano de la institucionalidad, pasamos del INTA a Monsanto. El diseño actual cuenta con la tecnología y la relación entre multinacionales y subcontratistas como principales variables. La idea del farmer o del chacarero es errónea, porque esa figura no existe más, además de la concentración de la actividad agrícola en pocas manos. (Macioli, 2008)

En América Latina, luego de dos décadas de implementación de políticas del llamado “modelo neoliberal”, la principal consecuencia han sido la fragmentación de la sociedad, incluso en países como la Argentina, que se caracterizaba por un amplio sector de clase media.

El proceso de privatizaciones dio lugar a mayor concentración de la riqueza, mayor dependencia del capital financiero transnacional, flexibilización laboral, bajos salarios, aumento del trabajo infantil, incremento del empleo informal, desempleo, redistribución regresiva del ingreso y aumento de la pobreza y la indigencia.

América Latina se encuentra hoy en una fase de desarrollo muy inferior a la etapa vivida en los años 70. Inmensos contingentes de trabajadores fueron arrojados al desempleo y a la miseria casi absoluta, millones de jóvenes se encuentran ociosos en los suburbios de las grandes ciudades trabajando para el tráfico de drogas. Importantes ramas de la producción manufacturera de la región casi desaparecieron. Grandes corporaciones internacionales pasaron a controlar más directamente la inversión y el desarrollo de la región y nuevas formas de destrucción de la naturaleza han surgido como formas de inversiones productivas y valorizadoras del capital.

Pero, por otra parte, otros sectores sociales han logrado condiciones de vida similares o superiores a la media de los países europeos, con niveles de consumos nunca alcanzados en etapas anteriores.

La profundización de estas desigualdades no solamente se expresa a nivel social sino territorial.

En las áreas rurales, la concentración de la producción muestra zonas de gran inversión con tecnología de punta; y paralelamente, elevada marginalidad y emigración de quienes quedaron excluidos del modelo. Y en las áreas urbanas, barrios cerrados, comercios de lujo, servicios de primer nivel conviven con asentamientos precarios y familias durmiendo en las calles.

¿SEMICOLONIA DE CHINA? (SIGLO XXI)

China ha dejado de ser la estrella indiscutida del éxito económico y la locomotora del crecimiento para convertirse en parte del problema de la economía internacional. Desde principio de siglo y hasta la crisis iniciada en 2008 la economía china creció por encima del 10% y arrastró al resto de la economía mundial, especialmente a las proveedoras de materias primas. Para enfrentar la crisis el gobierno chino implementó un paquete de medidas de inversión pública y de estímulo a la inversión logrando en 2009 un crecimiento del 8,7%, menor que el de años anteriores, pero muy alto en comparación con el resto de las grandes economías. América Latina y países de la periferia han recibido, en los últimos años, un creciente aporte de esas inversiones y, en 2013, se sumó el programa de la Nueva Ruta de la Seda (One Belt One Road, OBOR) de construcción de infraestructura de transporte en rutas que unen China con Europa Occidental y África, atravesando Europa Oriental y Asia.

El nivel de crecimiento de China es fundamental por ser la segunda economía del mundo, absorbiendo el 10% de las exportaciones del resto del mundo. En América Latina, la caída de las importaciones chinas ha sido sensible, especialmente para los países que en los últimos años incrementaron su dependencia de las producciones y exportaciones de productos primarios. El escenario económico internacional se ha deteriorado en relación con el período pre-crisis de 2008, y los países latinoamericanos enfrentarán una demanda externa menos dinámica con mayores presiones de competencia (SEVARES, 2018).

Hay países de América Latina que se destacan actualmente por el comercio y relaciones con China, que se beneficia de la región por sus recursos naturales y por la demanda en el mercado en los productos chinos. A China le interesa tanto la compra de las materias primas como el establecimiento de empresas mixtas en la producción de esas materias primas, que les traería disminución de costos. Uno de los productos chinos de buena demanda en América Latina son los automóviles, que se han instalado con inversiones fuertes, siendo adquiridos por Brasil, Venezuela, Colombia, Argentina y Perú. Latinoamérica exporta a China carne congelada, frutas, flores, alcohol, entre otros. Años atrás se le compraban a China juguetes de plástico, mientras que ahora se le compran trenes, buses, tecnología de telecomunicaciones, robots, entre otros.

Estados Unidos está preocupado porque el poderío comercial y económico chino lo ha ido desplazando cada vez más de algunas regiones y países donde antes era el principal socio comercial.

A excepción de México cuyas exportaciones se dirigen en un 75% a los Estados Unidos, y consisten en automóviles, partes de vehículos, computadoras, camiones de reparto, pantallas de video y cableado aireado, cuyas firmas son básicamente norteamericanas, quedando solo el petróleo crudo como principal materia prima de exportación, los demás países latinoamericanos, guardan una estrecha relación con China, constituyendo, en muchos casos, el principal destino de sus ventas al exterior. Este es el caso de Cuba (38%) que envía a China cigarros, níquel, azúcar, ron y zinc; de Chile (32%) que le vende cobre, filetes de pescado, pulpa de madera, frutas deshuesadas y vino; de Perú (29%) que exporta cobre, oro, petróleo refinado, zinc, harina de pescado, frutas tropicales, plomo, hierro y molibdeno; de Uruguay (29%) que comercializa pulpa de madera al sulfato, carne de res, soja, leche concentrada y arroz; y de Brasil (28%) cuyos principales productos de exportación son hierro, soja, petróleo crudo, azúcar y carnes de aves.

A estos se les suma otro grupo de países cuyo segundo destino de sus exportaciones corresponde a la República Popular China, y ellos son: Venezuela, cuyo principal país comprador es India (34%), seguido de China (28%), a quienes les envía petróleo crudo, petróleo refinado, alcoholes industriales, oro y hierro; Ecuador, que comercializa en primer lugar con Estados Unidos (30%), luego le sigue China (13%), que vende petróleo crudo, camarones, bananas, petróleo refinado y atún; Colombia que cuenta con la misma estructura exportadora que Ecuador, teniendo como principal cliente a Estados Unidos (31%) y China (11%), enviándoles petróleo crudo, carbón, café, oro y petróleo refinado; y Argentina, cuyo principal destino es Brasil (16%), seguido por China (11%), comercializando maíz, productos de soja, camiones de reparto, trigo, carne de res y oro.

Como podrá comprobarse, la mayor parte de los productos enviados desde los diferentes países de América Latina corresponden a materias primas, mientras los recibidos desde el gigante asiático se trata de los derivados de sus centros industriales ya sea de marcas propias o extranjeras. Y esto, sin duda, refuerza la dependencia histórica que ya nuestro subcontinente, mantiene desde quinientos años atrás.

Hay que tener en cuenta también que el expansionismo chino en la región, ha afectado el comercio intra-regional. Por ejemplo, Brasil dejó de ser la mayor fuente de bienes importados por Argentina, y Argentina como el principal origen de las compras de Paraguay.

China ha avanzado ganando cada vez más espacio en la financiación de infraestructura y telecomunicaciones en la región, representando América Latina el 10,8% aproximadamente de los flujos de inversión china, convirtiendo a América Latina en la mayor receptora de inversiones chinas fuera de Asia, donde supera a Europa, África, Oceanía y Norteamérica.

No solo es la presencia en el comercio y en las inversiones extranjeras directas, sino que el gigante asiático se ha convertido en uno de los principales prestamistas de la región. Uno de los mecanismos financieros implementados entre China y los países latinoamericanos,

son los swap (o intercambio), de monedas que ayuda a evitar el uso de divisas, como el dólar. El financiamiento chino ha tenido protagonismo, además de los proyectos energéticos y de infraestructura en algunos países, en la banca comercial de México, Brasil, Chile, Argentina, Perú y Panamá. Entre los más destacados se pueden citar el Industrial and Comercial Bank of China (ICBC), el Bank of China (BOC), el China Construction Bank (CCB) y el Haitong Bank, a partir de adquisiciones de otros (RODRÍGUEZ ASIEN, 2023).

América Latina necesita resistir la dominación que ejerce el imperialismo estadounidense y la dependencia económica que se ha generado con China. Esa acción combinada es indispensable para apuntalar el desarrollo, mejorar los ingresos populares y reducir la desigualdad de la región. Son dos batallas de distinto tipo, pero que transitan por la misma construcción de un entramado regional autónomo.

Ese enlace serviría, ante todo, para recuperar la soberanía latinoamericana frente a la injerencia imperial de Washington. Pero facilitaría también el desenvolvimiento de la zona, frente a la regresión productiva que generan los convenios de cada país con Beijing. Tomar plena conciencia de ambas metas y buscar la forma de combinar su logro es un objetivo central de la unidad regional.

Sin erradicar la presencia encubierta de los *marines* y la desembozada injerencia de los embajadores yanquis, América Latina no puede adoptar las decisiones que necesita, para remodelar su economía. Pero sin revertir la suscripción de los convenios balcanizados con China que potencian el despojo de los recursos naturales, tampoco se podrá erradicar el subdesarrollo de la región (KATZ, 2023).

Una concreción de ese tipo implica crear las condiciones para una negociación económica en bloque con el gigante oriental. Sólo ese contrapeso permitiría equilibrar los convenios que favorecen a Beijing, revirtiendo la transferencia de ingresos hacia un gran acreedor, inversor y cliente de toda la zona.

Es evidente que los tratados actuales acentúan la primarización, el extractivismo y la dependencia y que deberían transformarse en acuerdos de signo inverso. Sólo cuando faciliten la inversión productiva, la reindustrialización y la transferencia de tecnología serán favorables al desarrollo latinoamericano. Pero esa reorientación, nunca será alcanzada con las dispersas tratativas que desenvuelven las desgarnecidas economías latinoamericanas, frente al poder centralizado de China.

Un replanteo latinoamericano debería registrar el cambio en curso en el escenario mundial. La globalización uniforme que comandaba Estados Unidos a principios del nuevo siglo ha quedado sustituida por un choque de proyectos, actualmente plasmados en la confrontación de *La Alianza para la Prosperidad Económica de las Américas* con la *Ruta de la Seda*. China no sólo apunta un diseño global alternativo, sino que se adelanta, penetra y socava las iniciativas estadounidenses. Washington busca responder con presiones militares y nuevas apuestas económicas, concertadas con sus poderosos aliados de Occidente y Oriente.

En lugar de continuar sometida a los mandatos geopolíticos de Estados Unidos y a las prioridades comerciales de China, América Latina puede replantear en forma drástica su relación con los dos poderosos del planeta. Necesita recuperar su independencia real frente

al dominador del Norte y reordenar los acuerdos con Beijing, aprovechando la flexibilidad de esos tratados. La *Ruta de la Seda* recién despunta, no tiene basamentos previos en ninguno de los países asociados y está sujeta a lo que puedan demandar sus participantes.

América Latina no ha explorado ninguna de esas alternativas porque mantiene una conducta pasiva, que simplemente convalida los negocios acordados con Beijing por los grupos capitalistas dominantes de cada país.

El único organismo asignado a las tratativas colectivas es la CELAC-China, que se limita a recrear agendas protocolares con escasa incidencia en el futuro de la región. Sin forjar un bloque de negociación unitaria, la región continuará acorralada en el formato actual de los Tratados de Libre Comercio y no podría usufructuar de los cambios en esos convenios.

Las inversiones asiáticas en minería, combustibles o agroexportaciones están generando adversidades semejantes en las condiciones de trabajo y el entorno ambiental, que los procesos auspiciados por firmas estadounidenses, europeas o japonesas. Lo mismo ocurre con los niveles de explotación imperante en las fábricas gestionadas por Beijing.

La Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) denuncia el flagelo de la desigualdad, proclama la necesidad de una política tributaria progresiva, exige el incremento de los salarios mínimos y el establecimiento de un piso común de ingresos para toda la zona. Promueve, además, iniciativas para generar trabajo productivo, con medidas específicas para eliminar el trabajo infantil, proteger a los migrantes, mejorar las jubilaciones y reducir la jornada de trabajo.

Ese camino exige recuperar, además, la soberanía financiera, socavada por el endeudamiento y el control que ejerce el FMI sobre la política económica de numerosas naciones. Implica imponer la auditoría general de esos pasivos y la suspensión de pagos en los países más comprometidos, para sentar las bases de una Nueva Arquitectura Financiera. También supone avanzar hacia la soberanía energética, constituyendo grandes entes interestatales, para complementar los recursos de los distintos países y comenzar ya mismo la creación de una empresa estatal latinoamericana del litio.

La maduración de esos proyectos podría constituir el aporte latinoamericano al desarrollo de una alternativa global contra el capitalismo neoliberal, que actualmente prevalece en el planeta. El perfil de ese modelo puede avizorarse evaluando las opciones en debate.

La región necesita resistir la dominación estadounidense y negociar en bloque con China, para recuperar soberanía y revertir su regresión económica. (Katz, 2023)

CONCLUSIÓN

Al cabo de cinco siglos, América Latina sigue igual...

Gran parte de sus países nunca desarrollaron procesos industriales, por lo que, despectivamente se los denominó “republiquetas bananeras”. Sin embargo, algunos de los que supieron contar con una industrialización sustitutiva de las importaciones, que permitió menguar su dependencia externa de los principales bienes de consumo doméstico, no lo pudieron efectivizar respecto de sus bienes de capital y retornaron a una

economía predominantemente primaria, convirtiéndose en “republicuetas sojeras” con industrias livianas y débiles.

Este nuevo modelo, además de ser altamente destructivo, tanto respecto de las nuevas formas de explotación minera como de los ecosistemas, a partir de prácticas de cultivo donde sobreabundan los agrotóxicos, ha consistido en la tecnificación del sector agropecuario, generando una crisis de empleo rural extremo con las consecuentes migraciones hacia los centros urbanos, que no pueden absorber a tanta población despojada de sus fuentes de producción.

Esta población, marginada económica y socialmente, engrosa los cinturones de pobreza de las grandes y medianas ciudades latinoamericanas, sin miras a poder incluirse en una sociedad que la desprecia y castiga como si fuera culpable de su “desnudez”.

Pero la culpa no es de unos ni de otros, tampoco lo es de la soja o de los chinos, sino del sistema capitalista, que como lo enunciara Carlos Marx, en el tomo I de El Capital: “...la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre.”

Y para finalizar este artículo, podemos concluir con las siguientes palabras de Eduardo Galeano:

Al cabo de cinco siglos de negocio de toda la cristiandad, ha sido aniquilada una tercera parte de las selvas americanas, está yerma mucha tierra que fue fértil y más de la mitad de la población come salteado. Los indios, víctimas del más gigantesco despojo de la historia universal, siguen sufriendo la usurpación de los últimos restos de sus tierras y siguen condenados a la negación de su identidad diferente. Se les sigue prohibiendo vivir a su modo y manera, se les sigue negando el derecho de ser. Al principio, el saqueo y el otrocidio fueron ejecutados en nombre del Dios de los cielos. Ahora se cumplen en nombre del dios del Progreso. Sin embargo, en esa identidad prohibida y despreciada fulguran todavía algunas claves de otra América posible. América, ciega de racismo, no las ve.

REFERENCIAS

APARICIO CABRERA, Abraham. **Economía Mexicana 1910-2010**: Balance de un siglo, en Espacio Común de Educación Superior y Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad de México. 2010.

CENA, Juan Carlos. **El Ferrocidio**. Ediciones La Rosa Blindada. Rosario. 2003.

CLAVIJO, Fernando (comp.). **Reformas económicas en México, 1982-1999**. Comisión Económica Para América Latina y El Caribe; Estrategia y Análisis Económico, Consultores, S.c. México. Fondo De Cultura Económica. 2000.

OSIO VILLEGAS, Daniel; MEYER, Lorenzo. La Política de Industrialización por Sustitución de Importaciones, en Historia Moderna de México, **Colmex**, v. 4. México.

Pp. 111-198. 1970.

GALEANO, Eduardo. **Cinco siglos de prohibición del arcoíris en el cielo americano.** 1992.

GARZA, Gustavo. La distribución espacial de la revolución terciaria, In: G. Garza, coord., **La organización espacial de los servicios en México**, México D.F., El Colegio de México. 2006.

GEJO, Omar Horacio. Asignación de recursos y proceso geoeconómico, In: Benítez, J.; Gejo, O. y Liberali, A. **Fundamentos de Geografía Económica.** Ediciones Pharos. Pp. 67 – 107. Buenos Aires. 1995 a.

GEJO, Omar Horacio Sistema y Economía Mundiales, In: Benítez, J.; Liberali, A. y Gejo, O. **Estructura Económica y Comercio Mundial.** Ediciones Pharos. Buenos Aires. 1995 b

GEJO, Omar H.; LIBERALI, Ana M. **La Argentina como Geografía.** Ciclos Económicos y Población (1530-1990). Buenos Aires. Centro de Estudios Alexander von Humboldt – Universidad Nacional de Mar del Plata – Unión Geográfica de América Latina – Red Latinoamericana de Estudios Geográficos de la UGI. 2006.

GONZÁLEZ AMADOR, Roberto. **Argentina, punta de lanza de la privatización energética en América Latina.** Disponible en: <www.rebelion.org 2004>.

KATZ, Claudio. **La maldición de los commodities.** Reportaje realizado por Javier Lewkowicz, publicado en El Diario Página 12, del 21 de septiembre. 2010.

KATZ, Claudio. **Integración, soberanía y socialismo en América Latina**, en Rebelión del 11 de abril. 2023.

LABASTIDA, Horacio. **Los factores sociales y la industrialización en México, en Centro Nacional de Productividad.** División de Investigaciones Sociales. Documento preliminar de trabajo. UNAM. México. 1970.

LACLAU, Ernesto *et al.* Modos de producción en América Latina, In: **Cuadernos Pasado y Presente** Nro. 40. México. Siglo XXI. 1982.

LIBERALI, Ana M.; GEJO, Omar H. Impacto Social de las Políticas Latinoamericanas, en Liberali, Ana M.: Gejo, Omar H. (directores) **Procesos Productivos en América Latina (1990-2010).** Libro editado por la Universidad Nacional de Mar del Plata, la Universidad Nacional de Luján, el Centro de Estudios Alexander von Humboldt y la Unión Geográfica de América Latina en Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina, pp. 15-28. 2015.

LÓPEZ G., Julio. El empleo durante las reformas económicas, In: CLAVIJO, F. (comp.) **Reformas económicas en México, 1982-1999.** Comisión Económica Para América Latina y El Caribe; Estrategia y Análisis Económico, Consultores, S.C. México. Fondo de Cultura Económica. 2000.

MACIOLI, Etelvina. La lucha por la tierra está viva en América Latina, en Sebastián Premici Cuando tenga la tierra, publicado en **Cash**, suplemento de Página 12. 2008.

MATTAR, Jorge. Inversión y crecimiento durante las reformas económicas, en CLAVIJO, F. (comp.) **Reformas económicas en México, 1982-1999.** Comisión Económica Para América Latina y El Caribe; Estrategia y Análisis Económico, Consultores, S.C. México. Fondo de Cultura Económica. 2000.

PEREYRA DOVAL, María Gisela. Política exterior y modelos de desarrollo. Argentina y Brasil en perspectiva comparada (1930-2010), In: **APUNTES** – Revista de Ciencias Sociales. Universidad del Pacífico. Centro de Investigación. Lima, Perú. 2017.

PRADILLA COBOS, Emilio; Lisett MÁRQUEZ LÓPEZ. Estancamiento económico, desindustrialización y terciarización informal en la Ciudad de México, 1980-2003, y potencial de cambio», In: Ana Clara Torres Ribeiro, Hermes Magalhaes Tavares, Jorge Natal y Roselia Piquet, orgs., **Globalizacao e territorio**. Ajustes periféricos, Río de Janeiro, Edicoes Arquímedes. 2004.

THE WORLD FACTBOOK: <https://www.cia.gov/the-world-factbook/> 2023.

RODRÍGUEZ, Jaime. **La crisis de México en el siglo XIX**. Disponible en: <<https://moderna.historicas.unam.mx/index.php/ehm/article/view/68957/68919>>. 2006.

RODRIGUEZ ASIEN, Ernesché. **China cada vez invierte y comercia más con América Latina**. Disponible en: <<https://rebellion.org/china-cada-vez-invierte-y-comercia-mas-con-america-latina/>>. 2023.

ROVIRA PINTO, Adriano. Políticas económicas y cambios en la estructura territorial. El caso de Chile. In: Gejo, Omar y Liberali, Ana (directores) **América Latina como Geografía. Una periferia en cuestión**. Universidad Nacional de Mar del Plata – Universidad Nacional de Luján – Centro de Estudios Alexander von Humboldt. Pp. 265 – 340. Mar del Plata/ Luján/ Buenos Aires. 2022.

SERAFINI, Aníbal Tulio. La economía argentina en su industrialización incipiente (1890-1910). In Liberali, Ana y Gejo, Omar. **Argentina como Geografía**. Procesos económicos y sociales en un país periférico. Universidad Nacional de Mar del Plata – Universidad Nacional de Luján – Centro de Estudios Alexander von Humboldt. Pp. 39 – 50. Mar del Plata/ Luján/ Buenos Aires. 2023.

SEVARES, Julio. **La economía China: ¿solución o parte del problema mundial?** Disponible en: <<https://nuso.org/articulo/la-economia-china-solucion-o-parte-del-problema-mundial/>>. 2018.